

## **Segunda carta de agradecimiento:**

Le saludo, Sr. Fernández-Lasquetty, Consejero de Sanidad de la Comunidad de Madrid. Varios meses después de mi primera misiva, tomo la decisión de escribirle de nuevo para señalarle algunas cosas que tal vez hayan escapado a su dividida atención. Lo hago sobre todo impulsado por el rechazo que me produce el maltrato sistemático que sufre mi profesión por parte de personas que ocupan puestos de la máxima importancia, teóricamente destinados al pleno servicio al ciudadano.

He reflexionado mucho y he llegado a la conclusión de que gran parte del éxito humano y reconocimiento que ha adquirido la organización médica a la que pertenezco, es que nos representan los mejores. Con esto me refiero a personas con un gran sentido ético de la profesión, entregados a un propósito honesto, y con unas descomunales ganas de servir a los demás a través de su trabajo. Ésa es también la sencilla razón del fracaso de usted. No es bueno. No sabe hacer las cosas bien. No le mueve ningún interés legítimo. No nos quiere.

Hace pocos días acudí a una cena festiva de compañeros médicos, en la que era el único representante de mi especialidad. Como soy de natural retraído y todas las demás especialidades allí reunidas estaban bastante alejadas de mi ámbito, me dediqué fundamentalmente a seguir el hilo de la conversación de los otros. Lo agradecí, ya que sin esa distancia no habría sido enteramente consciente de lo que ocurría ante mí. Y tuve así el privilegio de saborear la pequeña y cotidiana delicia que ahora le relato: entre sorbo y bocado, los galenos allí congregados aprovechaban la velada para comentar el caso de un paciente atendido en la guardia; discutían cómo podían mejorar para el año que viene la calidad del curso en cuya organización estaban inmersos; o describían con lujo de detalles la técnica que pretendían emplear para diagnosticar a un enfermo. De usted, al contrario, creo que se habló poco.

Es cierto. Muchos médicos somos así. A menudo los pacientes no son conscientes del tiempo que nos tomamos pensando en ellos y en cómo mejorar su situación. Usted tampoco es consciente. En el primer caso es comprensible, en el segundo imperdonable. Por eso a nadie le ha cogido a contrapié la reciente noticia de la inmediata jubilación forzosa de varios cientos de facultativos pertenecientes al Servicio Madrileño de Salud. Conozco a varios de esos profesionales, y todavía recuerdo y practico algunas de las sabias “perlas” con las que jalonaron mi primera etapa formativa. Algunos de ellos se encontraban en su mejor momento profesional, docente o creativo cuando se les ha comunicado que sus servicios no serán necesarios por más tiempo. Sin despreciar la crítica a las formas desabridas que se han empleado o a la ausencia de sustitución de sus plazas vacantes, para mí la pregunta fundamental que cabe realizarse es la siguiente: ¿podemos permitirnos como sociedad, especialmente en una época de crisis profunda, prescindir del talento y la experiencia de estas personas? Y más todavía: ¿en aras de qué pretendido beneficio para la comunidad hemos inmolado, de un día para otro, la trayectoria de muchas de estas personas en el altar de los sacrificios? El mañana se está forjando ante nuestras propias narices y algunos de estos médicos estaban participando muy activamente.

Como ya es habitual finalizar un escrito de estas características con una frase, le dejo una de boca del Gran Jefe Lambreaux, personaje de la serie Tremé. Un hombre terco, combativo y descreído, protector de la buena tradición, que me recuerda a algunos

pacientes mayores que acuden a nuestra consulta. Dice: “hay veces en las que uno tiene que luchar, aunque sepa que va a perder”. Toda una declaración de intenciones. Llevamos demasiados meses de conflicto en los que nos hemos estrellado repetidas veces contra su actitud estéril y falaz. Con ustedes es imposible sembrar para recoger en el futuro. Éste es el peor descrédito que un ciudadano le puede dirigir a un político. Es natural el abatimiento, el desencanto y la irritación que veo en las caras de los compañeros; pero yo no le voy a bajar resignado la cabeza porque piense que está todo perdido, y si tengo aliento lo usaré para decirle todos los días lo mal que lo ha hecho. Ha tenido a diario una oportunidad de mejorar las cosas.

Sr. Fernández-Lasquetty, desde el primer momento le hemos encontrado descaradamente enredado en su maraña clientelar. No ha sabido hacer otra cosa que intentar deslegitimar todas las sanas expresiones de conciencia democrática que se le han manifestado. Pero se ha mostrado claro a través su opacidad, ha precisado sin margen de error el camino convenido, y se ha señalado inequívocamente como responsable de este desastre en ciernes. Es usted el enemigo de lo público número uno. Y por eso le doy las gracias.

RGM

P.D: estoy cansado de usted. Lo próximo que escriba será un artículo médico.